

Cultura y Espectáculos



LUTO EN LA POESIA ESPANOLA

Muere a los 65 años el poeta zamorano y académico de la Lengua Claudio Rodríguez

El autor de 'Don de la ebriedad' era uno de los principales representantes de la Generación del 50

Claudio Rodríguez, considerado uno de los principales representantes de la Generación del 50, murió ayer en una clínica de Madrid a consecuencia de una

penosa enfermedad a los 65 años de edad. El poeta zamorano y académico de la Lengua, autor de 'Don de la ebriedad' o 'Casi una leyenda', había conseguido

numerosos premios, desde el Castilla y León de las Letras al Príncipe de Asturias, con una obra muy personal que se sumerge en el misterio de la vida.

El Norte. VALLADOLID

Claudio Rodríguez murió en la clínica madrileña Nuestra Señora del Rosario, donde llevaba varios días ingresado a consecuencia de un agravamiento del tumor de de colón que padecía. Nació en Zamora, el 30 de enero de 1934, y fue el mayor de cuatro hijos. El poeta era muy niño cuando comenzó la Guerra Civil, un conflicto que recordaba por los «vaguísimos sonidos de una alarma de sirenas». Desde que cumplió los cinco años pasaba temporadas en la finca que su abuela materna tenía cerca de la ciudad, un contacto con la naturaleza y las labores del campo que, posteriormente, sería decisivo en su obra.

Años después, seguiría escapándose al campo, buscando la emoción del paisaje y desahogo. Fue lo que él llamaba su «*manía andariega*», salir a recorrer los campos de Castilla durante días y a veces semanas. Con el tiempo, esas largas caminatas influirían también en su forma de entender la vida.

Inicia sus estudios de Bachillerato en el Instituto Claudio Moyano de Zamora en 1944 y, tres años después, muere repentinamente su padre, un suceso que fue decisivo para el poeta y que supone también la ruina de la familia, que ya había tenido que vender parte de sus propiedades en los primeros años de la posguerra.

En 1948 comienza a escribir versos, los *Ejercicios para piano*, y entre diciembre de 1949 y enero de 1950 publica sus primeros poemas en *El Correo de Zamora*,

titulados *Nana de la Virgen María* y *A los Reyes Magos*. Su obra más conocida, *Don de la ebriedad*, la inició en 1951, año en el que se traslada a Madrid para estudiar Filosofía y Letras. También se matriculó, como alumno libre, en la Facultad de Derecho de Salamanca, aunque después de aprobar algunas asignaturas abandona definitivamente la carrera.

A los 19 años

Dos años después conoce a Claudia Miranda, su futura esposa, en una excursión universitaria a Granada, y envía a Vicente Aleixandre el manuscrito de su primer libro. Así comenzará una gran amistad que se prolongará hasta la muerte del *maestro de poetas*.

Claudio Rodríguez tiene 19 años cuando, en el mes de diciembre de 1953, logra el Premio Adonais de poesía por *Don de la ebriedad*, otorgado por un jurado del que forman parte, entre otros, Gerardo Diego y José Hierro. La publicación del libro supuso una sorpresa para los poetas y críticos de la época. A este premio se sumaron después el de la Crítica (1966),

el Nacional de Poesía (1983), y el Castilla y León de las Letras (1986). Un año después, ingresa en la Real Academia de la Lengua y, en 1993, recibe el Príncipe de Asturias de las Letras y el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. A ellos se sumó, en 1997, el de EL NORTE DE CASTILLA, que el poeta recogió en Zamora.

Considerado como emblemático representante de la Generación del 50, su obra más reciente fue *Casi una leyenda*, su quin-



El poeta Claudio Rodríguez.

to poemario, que fue uno de los acontecimientos literarios de 1991. Otros de sus títulos son *Conjuros*, *Alianza* y *condena* o *El vuelo de la celebración*.

La poesía de Claudio Rodríguez, que será enterrado hoy en el cementerio de Zamora, estuvo marcada por una gran potencia expresiva. Gira sobre todo alre-



dedor del misterio de lo cotidiano y trascendente de la naturaleza, dones a los que el escritor siente necesidad de corresponder con la entrega.

En las obras de Claudio Rodríguez —que, en 1956 estuvo afiliado, sólo durante veinte minutos, al Partido Comunista—, hay riqueza de vocabulario, perfección estilística y musicalidad. Poemas que están enraizados en la tierra y en los que el paisaje es un recurso para plantear las grandes cuestiones que preocupan al ser humano. Un tono trascendente que encierra en el fondo una crítica a la superficialidad y a la conformidad.

LAS FRASES

«Para mí, la vida no es sólo poesía, pero la poesía es vida»

«La poesía no es vitalicia. Uno puede dejar de ser poeta aunque siga escribiendo»

«Sentí la necesidad de escribir poesía a los trece años, tras la muerte de mi padre»

«El poeta tiene que estar en la nervadura central de la vida»

«Cualquier motivo vital es origen de la poesía»

«La poesía en España es minoritaria, aunque eso no depende de los autores sino de los medios de comunicación»

«Los poetas españoles tienen un defecto: escriben demasiado»

«Yo pertenezco a la estirpe de los poetas andariegos, como Unamuno, Machado, Gabriel Miró y Cervantes»

«La ciencia en contacto con la poesía es un fenómeno de futuro»

«A mi no me interesa demasiado publicar; prefiero el proceso creador»

«Si se alienta la lectura, este hábito puede convertirse en una necesidad»

«Los poetas tenemos fecha de caducidad, como los yogures»



LUTO EN LA POESIA ESPANOLA

Víctor García de la Concha

Director de la Academia

«Con su muerte quedan empobrecidas la lengua y la cultura españolas, pues supo transmitir la modernidad poética. Trajo una voz nueva que tiene sus fuentes en San Juan de la Cruz»



José María Aznar

Presidente del Gobierno

«Sin duda, estamos ante uno de los grandes poetas españoles contemporáneos, al cual he tenido la ocasión de poder conocer y poder tratar en diversas ocasiones y, por supuesto también, como continuo lector de poesía, de leer y de admirar. Espero y deseo que Claudio Rodríguez sea reconocido como uno de los mejores creadores que ha dado la poesía española en el siglo XX»

José Jiménez Lozano

Escritor

«Siento el fallecimiento de Claudio Rodríguez, al que apreciaba desde el punto de vista literario y personal. Le conocía personalmente, aunque no le veía desde hace bastante tiempo. Pero no es momento de alabanzas»



Rafael Muñoz Quiros

Poeta

«Es el poeta castellano más relevante de este siglo, con una visión honda de Castilla. Perdimos a un poeta fundamental del siglo XX, con una obra que es la más rompedora y está llena de originalidad y de hondura. En ella destaca además su constante búsqueda del hecho poético. Claudio Rodríguez fue el miembro más emblemático de la Generación del cincuenta»



MANUEL H. DE LEON / EFE

Claudio Rodríguez recibe en Oviedo el Premio Príncipe de Asturias de manos del Príncipe Felipe, el 27 de noviembre de 1993.

El deseo de aventurar la vida

María Aurora Vilorio. VALLADOLID

El día 1 del pasado mes de diciembre, Claudio Rodríguez recibía en Valladolid su último premio, el de la Academia Castellano-Leonesa de la Poesía, un galardón que reconocía la trayectoria, según el jurado, de «una de las voces más valiosas, original y transparente de nuestro siglo en lengua española».

Esa noche, el poeta zamorano anunció que estaba preparando su próximo libro, un poemario que tenía muy avanzado pero que no sabía cuando saldría, «porque más que publicar me interesa el proceso creador».

Lo que sí tenía el poemario era título, *Aventura*, porque Claudio Rodríguez creía firmemente que Santa Teresa tenía razón cuando decía que «la vida es aventurar la vida».

Toda una declaración de principios de un escritor que reconocía que escribía poco y «a la aventura», porque si supiera de antemano el resultado le dejaría de interesar. «Lo importante es sumergirse en un proceso creador, que siempre es de tanteo, de indagación».

Solvat seclum

LUIS GARCIA JAMBRINA

SI de verdad que, como he dicho en otro lugar, nos hemos quedado todos, sin excepción, huérfanos de Claudio, sin duda esa orfandad va a sentirse de una forma mucho más intensa y acusada en Zamora. No en vano ha muerto un poeta que llegó a alcanzar una simbiosis tan perfecta con su ciudad natal que ya no es posible mencionar a uno sin evocar inmediatamente a la otra, y viceversa. De hecho, Zamora y Claudio Rodríguez forman una pareja indisoluble, unida por obra y gracia de la literatura, lo cual quiere decir que, si Zamora es, como escribió el propio autor, la ciudad de su alma, también cabe afirmar que Claudio Rodríguez ha sido –y, desde luego, seguirá siendo– el alma de su ciudad, aunque ya no esté aquí y aunque no haya habitado en ella durante muchos años.

Sabemos que Claudio no llegó a conocer con exactitud la verdadera gravedad de su dolencia y, sin embargo, parece que intuía, de alguna manera, la proximidad de la muerte. De ahí su obsesión por terminar el nuevo libro que se traía entre manos y de ahí también su voluntad, expresada por escrito, de ser enterrado en el cementerio de Zamora, cerca del Duero. Con lo uno, quería el poeta dejar bien cerrado el ciclo de su obra, extraordinariamente coherente y unitaria, como sabemos. Con lo otro, ha querido cerrar, de una manera acorde con su visión

del mundo y con el espíritu de su obra, su ciclo vital, ciclo que se completa, no con su muerte, sino con el retorno definitivo a la tierra natal. Claudio ha querido, entonces, devolver a la tierra lo que de ella salió, aunque sea de una manera simbólica, para así poder comenzar un nuevo ciclo, pues ya sabe que, en los ritos ancestrales de regeneración, la tierra del origen no difiere de la tierra del fin.

De hecho, éste es uno de los temas fundamentales del último libro de Claudio, y, muy especialmente, de uno de sus mejores poemas, *Solvat seclum*. El título, como se sabe, está tomado del comienzo del *Dies irae* de la Misa de Difuntos, y en él se alude a ese día en el que el universo será aniquilado y reducido a pavesas. Pero el poema de Claudio no es, ni mucho menos, un poema apocalíptico ni trágico ni elegíaco, sino más bien una oda a un himno a la muerte y a la destrucción, un canto a la erosión y a la disolución de la materia, vistas aquí como algo positivo y necesario. Polvo somos, sí, y en polvo nos convertiremos, nos recuerda Claudio a su manera. Pero este polvo encierra, para él, la *aurora del polen*, la semilla de la regeneración y la promesa de un renacimiento, aquí en la tierra, entre las cosas que él tanto amó, entre esas mismas cosas que él salvó de su definitiva desaparición, gracias a sus versos. Así sea.

DON DE LA EBRIEDAD

Siempre la claridad viene del cielo; es un don: no se halla entre las cosas sino muy por encima, y las ocupa haciendo de ello la vida y labor propias.

Así amanece el día; así la noche cierra el gran aposento de sus sombras.

Y esto es un don. ¿Quién hace menos creados cada vez a los seres? ¿Qué alta bóveda los contiene en su amor? ¡Si ya nos llega y es pronto aún, ya llega a la redonda a la manera de los vuelos tuyos y se cierne, y se aleja y, aún remonta, nada hay tan claro como sus impulsos!

Oh, claridad sedienta de una forma, de una materia para deslumbrarla quemándose a sí misma al cumplir su obra.

Como yo, como todo lo que espera. Si tú la luz te la has llevado toda, ¿cómo voy a esperar nada del alba?

Y, sin embargo –esto es un don–, mi boca espera, y mi alma espera, y tú me esperas, ebria persecución, claridad sola mortal como el abrazo de las hoces, pero abrazo hasta el fin que nunca afloja.



LUTO EN LA POESIA ESPANOLA

Luis Antonio de Villena

Escritor

«Era como un chamán que hablaba desde el interior de las cosas, pero lo hacía en un lenguaje coloquial, cercano, con mucho sabor popular y del mundo del campo castellano»



Juan José Lucas

Presidente de Castilla y León

«Su muerte supone un día de luto para las letras españolas». Lucas resalta «el profundo amor que Claudio Rodríguez sentía por Zamora» y la pérdida que supone para la «cultura de Castilla y León, que en los últimos tiempos ha perdido a hombres tan importantes como Torrente Ballester o Vela Zanetti»

José Hierro

Poeta

«Su poesía era la realidad misma con magia, ya que transformaba los objetos más cotidianos en símbolos trascendentes. Es uno de los grandes poetas del siglo XX»



Fernando Rodríguez Lafuente

Director del Instituto Cervantes

«Claudio Rodríguez deja viva una obra poética de excepcional y deslumbrante expresión, una obra intensa y desgarrada, de una pureza verbal y una melancolía interior insólita en las letras en español de este siglo»

Gracias, Claudio

LUIS RAMOS

ALGUIEN dijo una vez que no había conocido a ninguna persona a la que le hubiese oído hablar mal de Claudio Rodríguez, es claro que además de no faltarle razón, con su afirmación estaba definiéndonos cuál era la categoría y sencillez humana de nuestro poeta, humanidad por otra parte tan entregada, como difícil de abarcar. Cuando una persona amiga desaparece de nuestro lado, existe un tópico al que todos nos acogemos, y en el que venimos a decir que con su desaparición se va algo de cada uno de nosotros. Cuando desaparece un poeta del que hemos aprendido, nos sentimos un poco herederos de su obra y partícipes de su tiempo, pero en cierto modo huérfanos.

En el caso que nos ocupa, donde confluyen ambos aspectos, nos queda el consuelo de agradecerle a la persona la forma en que con su estar en el mundo ha engrandecido nuestro corazón, y al poeta la manera en cómo nos ha salvado con sus poemas y con la gran humanidad y vida que los circundan. Es claro que la lectura de su obra además de alentadora ha supuesto siempre una purificación de cada uno de nosotros como personas y como lectores.

Conocerle y sentir su grandeza humana ha sido fundamental en mi vida, leer y trabajar con su obra me parece una experiencia insustituible, cantar con Claudio a la amistad solidaria, a la vida y al hombre ha sido, como él nos ha enseñado, un acto de salvación de las cosas desde el canto. Por todo: Gracias, Claudio.

El poemario inconcluso aporta una reflexión sobre la muerte

Los estudiosos destacan «la coherencia de vida y obra»

M. J. Pascual. ZAMORA

«No sólo se ha perdido un gran poeta de este siglo y de todos los tiempos, sino una persona singular, un hombre que era un modelo ético y un maestro de la existencia, por su actitud ante la vida y la muerte», reflexiona el profesor Luis García Jambrina, amigo y uno de los principales estudiosos de la trayectoria vital y literaria del poeta zamorano. «Una persona extraordinaria, sin par en esta vida y menos dentro de la literatura», resume.

Destaca sobre todo la «circunstancia única» de la confluencia de vida y obra en Claudio Rodríguez. «Su pensamiento, su forma de vida está totalmente reflejada en su poesía, de forma que cada volumen corresponde a una etapa de su vida, incluida la obra inconclusa». Con este poemario inacabado, *Aventura*, explica García Jambrina que el poeta estaba obsesionado en sus últimos tiempos de creación, antes de que la enfermedad le postrara definitivamente. «La verdadera tragedia está ahí, porque él no sabía lo que tenía pero intuía que se moría y que no le daba tiempo a terminar-



LUIS CALLEJA

Claudio Rodríguez, tras recoger el premio de EL NORTE.

lo». Si los cinco libros anteriores reflejan diferentes etapas de la vida de este hombre, la obra póstuma también: es un estudio sobre la vejez. Fascinante y tremenda, así veía la muerte Claudio Rodríguez, pero también la vida. «Este es

el enigma que escondía Claudio detrás de su sencillez: celebraba constantemente el mero hecho de existir, con todas las consecuencias. Aunque hablara de destrucción y deterioro, siempre había una semilla de renacimiento».

El maestro indiscutible

TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO

Vino a por él la aurora. No podía ser de otra manera, pues él siempre salió a buscarla en su vida ejemplar (sí: ejemplar) y en su obra, tan confundidas ambas. Nos ha dejado a solas con su poesía el más alto lírico de la segunda mitad de este siglo y uno de los grandes (seis, ocho... no más) de la poesía española desde sus primeros titubeos hasta hoy mismo. Tan universal en su aparente localismo, tan lleno de cercanía, tan perplejo ante los huecos dicámenes de los hombres, ha conseguido ser reconocido sólo con su nombre (como Federico, como Juan Ramón, como nadie más), pues hasta el común apellido parecía venirle grande. El era Claudio a secas, y este nombre concitaba de inmediato un respeto y un asentimiento general cuando se trataba de hablar de poesía verdadera, esa que está a la vez en la vida y en los versos, y no encarada hacia los foros culturales ni hacia las instituciones que regulan el orden triste de la sociedad.

Vino a revolver en voz baja, no a provocar

el estruendo de una coherencia verbal tan vana como ruidosa. Por eso, sobre esa identidad que hoy le quieren conferir los medios de comunicación y las frías notas necrológicas (académico, profesor, autor laureado) él era lo único que siempre supo ser: un poeta. Sus lectores sabemos que la gracia y la luz habitaban en sus versos porque Claudio era réplica de su obra, de su pensamiento poético. Muy pronto había vislumbrado una cima en los límites de lo sobrehumano, con ese monumento que es *Don de la ebriedad*; buscarle un parangón no sólo lírico sino también ontológico sería ya hablar de Juan de la Cruz, de Rimbaud, de Vallejo; aquel adolescente había rozado lo inexplicable, había comprobado el fulgor mortal de las cosas elementales y ya en el resto de su obra, desde *Conjurios* a *Casi una leyenda*, se dedicó a contarnos a todos aquella experiencia arrolladora para la que nos pedía en aquellos versos emocionados, casi evangélicos, «estar siempre en sazón», bien apartados de los usos terrestres y de las cascarillas

que tamborilean en la flor de nuestra vanidad. Personalmente, él me hizo creer en la vida y en la poesía sin distinguir entre ambas. Fue un lujo acceder tan temprano a aquella maravillosa compañía que me iba a enseñar a discernir entre la esencialidad de la poesía y lo que no eran sino fuegos fatuos, pirotecnias habilidosas donde no latía la almendra fresca de la vida, hecha lenguaje y ritmo en asombrosa alianza, que nuestro espíritu parecía tener prevista de antemano. Así será ya para siempre su poesía: amaneciente y luminosa como una mañana aún por manchar de pasos y palabras ofuscantes. Se sirvió de referencias natales, mas Zamora ha de enterrarse para siempre de que el poeta se apoyó en ella para tomar impulso y derramar sus palabras a toda la Humanidad. El se hizo así un paisano del mundo. Esa fue su lección: sucumbir ante su obra, seguir él entre las verduras de un mercado mientras sus versos entraban flamantes en las Academias. No deja herederos.

Ana María Matute

Escritora

«Era uno de los poetas más grandes, en el que destacaban tanto sus dotes literarias como la grandeza de su alma. Tenía una química especial. Era extraordinario»



Carlos Bousoño

Poeta

«Es el poeta más original de toda la posguerra porque dotó a su obra de una enorme intensidad y novedad. Tenía un carácter único, lo que no quiere decir que no fuese coherente con la visión del mundo de su época»

Gustavo Martín Garzo

Escritor

«Fue capaz de situarnos en el centro del hombre y de buscar la salvación en medio de azares. Su obra es esencial y rigurosa y en ella destaca la búsqueda del conocimiento»



Mariano Rajoy

Ministro de Cultura

«En la grandeza de su poesía se aunaban la sencillez y la claridad, un fondo religioso y trascendente que proviene de nuestra mejor tradición poética. Su muerte supone la pérdida de una figura fundamental para nuestra literatura»